

cuales sobresalen sus “Cartas a un flojo”, y en sus breves narraciones costumbristas., pero sobre todo, como es fácil suponer, en el teatro, en el que Perera va reconociendo las distintas fuentes, en donde encuentra la primera posible clasificación de sus obras (híbridas, ajustadas a un canon, e innovadoras, aunque la mayoría son singulares, irreducibles a la tipología al uso), bajo cuya óptica las analiza; el sobrio lenguaje escénico, la economía o simbología de los detalles, estructuras “en abismo” o textos “refractados”, los bien contruidos personajes con sus nombres simbólicos y muletillas verbales, la lengua y sus usos referenciales, completan, con una escueta conclusión y una completa bibliografía el estudio-homenaje de P. San Martín sobre Florencio Sánchez.

Marina GÁLVEZ ACERO  
*Universidad Complutense de Madrid*

MAZZOTTI, José Antonio (ed.). *Renacimiento mestizo: Los 400 años de los Comentarios Reales*. Madrid: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2010.

ROMITI, Elena y Sogn No (eds.). *400 años de Comentarios Reales*. Montevideo: Aitana Ediciones-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Purdue University, 2010.

Si, como señalara Calvino, un clásico es aquello –obra o autor– de lo que no se termina nunca de decirlo todo, los cuatrocientos años de los *Comentarios Reales* y las celebraciones y homenajes que los han rodeado demostraron la condición de clasicidad de este texto que, lejos de agotar sus aproximaciones, se manifiesta cada día más rico en puntos de vista y en posibilidades interpretativas.

Las nuevas corrientes críticas también se las han querido ver con el título en cuestión, sin que los debates postcoloniales, la propuesta de la transculturación, de la heterogeneidad, las perspectivas multiculturalistas, posoccidentales, las lecturas subalternas o las que regresan a las virtualidades antiguas del acercamiento filológico hayan podido agotar la batalla interpretativa de esta obra en uno solo y en exclusiva de los frentes en que combate. De tal modo que, si la hermenéutica del sujeto migrante, tal y como la perfilara Cornejo Polar, puede aplicarse con beneficios a los recorridos textuales y biográficos del Inca (según Enrique Cortez o José Antonio Mazzotti), la trayectoria vital o los avatares de la historia editorial de los *Comentarios* todavía reservan sorpresas (como estudia Evangelina Soltero o documenta extensamente Paloma Jiménez del Campo entre los estudios recopilados por Romiti) y la adaptación de la ortografía del quechua por parte de Garcilaso mantiene aún sus enigmáticas soluciones que Cerrón Palomino desentraña con la lucidez que le caracteriza. Desde Fernanda Macchi con su estudio de la segunda edición de la crónica por González de Barcía, ciento catorce años más tarde, o Rolena Adorno,

dedicada a desentrañar las variantes que su traducción inglesa le impone, ensañándonos la operatividad de interpretaciones contextuales que tengan en consideración también su suerte receptora, hasta análisis “etnohistóricos” y post-euclideanos como los de Takahiro Kato sobre la “equinofobia” indígena o Verena Dolle acerca de las connotaciones espaciales, el abanico de relecturas que el título permite lo postula como la más abierta y fecunda de las crónicas de Indias.

Desde luego, si algo han subrayado los congresos más importantes que lo tuvieron por objeto –y de los que son producto los libros que aquí se reseñan– es la condición compleja de lo que Mabel Moraña llama en uno de ellos, la “performance discursiva” que, en sus diferentes facetas y con sus lados opuestos –ese juego contrastivo que en otro de los momentos de estos libros señala López Soria entre la tradición y la modernidad de su figura–, monta el Inca en el que es el título más señalado de su producción. Y si es cierto que los *Comentarios* son modelo del pacto de no agresión por el que “se combinan los beneficios de la cultura imperial con los privilegios epistemológicos del subalterno” (Moraña en Mazzotti 382), no dejan de ser pertinentes los acercamientos que desentrañan la mayor o menor consecución en el resultado híbrido de esa combinatoria.

Así Carmen de Mora trabaja con el difícil equilibrio que lleva al Inca a coordinar historia y filología y que encuentra eco en las relaciones con el humanismo cordobés de ese momento, preocupado también por insertar la lengua vernácula en la producción letrada historiográfica, Sarah Beckford se pregunta por la simbiosis que aúna experiencia e imaginación, de cuyos reajustes el Inca extrae relato; Fermín del Pino analiza el modo y las razones para manipular y variar las citas de José de Acosta en las que la estrategia retórica del Inca abunda, nunca inocentemente; Amalia Iniesta estudia el modo en que se imbrican praxis lectora y praxis escritural en su producción; mientras Antonio Lorente persigue confluencias en las relaciones del texto con posiciones chiriguanas y musus –por tanto con alternativas aún más periféricas que las históricamente incaicas–; Rocío Oviedo confronta pertinentemente las dos partes –*Comentarios e Historia General*–, hallando grietas, disensiones y un sustancial cambio de tono entre ambas que justificaría incluso la percepción de una variación de estilo y de un Inca Garcilaso barroco y Guillermo Serés persigue los *analogon* y correlatos mítico-bíblico-occidentales del mundo incaico que posibilitaran al autor su presupuesto de un armónico *translatio imperii* al Perú.

Precisamente en esa misma dirección, un apartado interesante de la operación performativa que Garcilaso pone en marcha podría radicar en su capacidad para intervenir los imaginarios de la época, dándoles otra dimensión, interrumpiéndolos o alternándolos con otras variantes y registros como recursos de apertura a las formas dominantes. Si el acto de nombrar se erige en operación conquistadora por antonomasia, el Inca reprocha a ésta la rapidez en forjar topónimos impropios que chirrían notablemente a la pureza de sus oídos traductores. Perú, Pirú, Birú son voces disonantes, en el artículo que les dedica Paul Firbas, que rebajan el episodio fundacional de este territorio en malentendido lingüístico y descubren la violencia que subyace a las distorsiones de una disciplina nuclear humanista como es la etimología.

Intervenir los imaginarios y los conocimientos consensuados de una época, incluso modificar la tradición cognitiva del poder le supone al Inca muchas veces variar contenidos, pactar posiciones, adoptar disidencias y comprometer identidad. Una intervención especialmente polémica y difícil ocurre cuando el Garcilaso mestizo intenta o promueve desde su texto, nos dice Margarita Zamora, la sustitución de la cuestión racial “por una cuestión de agencia” en la que solventar y resituar su propio lugar social.

De igual modo, el Inca revisa los saberes hegemónicos y los contesta en aquellos puntos de fricción que, si parecieron anacrónicos en un primer momento, hoy –después de los encuentros y ponencias que tuvieron lugar en el 2009– se entienden como imprescindibles a su dinámica escritural. Me refiero por ejemplo al problemático capítulo del Libro I en el que el Inca responde la ya desfasada cuestión de la habitabilidad de la zona tórrida y la torpeza intelectual de los habitantes del trópico. Y parece hacerlo con el relato intercalado del naufrago Pedro Serrano que interesa desde perspectivas diferentes a Trinidad Barrera, Ricardo Padrón o Domingo Ledesma. Para este último, su presencia arbitraria en un capítulo dedicado a describir el Perú adquiere una brillante relevancia si se interpreta como la inversión por parte de Garcilaso de los elementos del poder, al ofrecer un europeo desnudo, vuelto salvaje, asilvestrado en función de sus penurias y circunstancias, cifra nueva de una barbarie engañosa, superficial y producto relativo de quien la observa y dictamina.

De igual forma, el modo en que Luis Millones estudia las alteraciones que Garcilaso introduce en el panteón religioso incaico y la hipótesis que James W. Fuerst inquiriere de una utilización interesada del dios Pachacamac para legitimar ciertas prácticas andinas pertenecerían a esta táctica que ve intertextos y los confronta en la necesidad de hallar fórmulas de integración de la imágenes, pero además nos colocan sobre la pista de un subtexto andino cuyo descifrado no siempre ha ocupado a la crítica dominante. En el intento de subsanar esa carencia, se sitúan los estudios de Raúl Marrero-Fente en torno al fantasma Viracocha; de Rocío Quispe Agnoli cuando se pregunta por el papel de los *quipus* en la conformación de la memoria o de Elena Romiti al encontrar el paralelo del pensamiento utópico renacentista en la oralidad sentenciosa del Inca Pachacútec. En un paso más, en la compleja puesta en escena mestiza que el Inca aprovecha ventajosamente, José Antonio Rodríguez Garrido pondera el peso de autoridad que Garcilaso se reserva en la reconstrucción del pasado inca, descubriendo en la afirmación de un teatro andino y en su cercanía a las posteriores prácticas jesuíticas toda un planteamiento argumentativo que lo contiene a él como la primera pieza defensiva.

Es evidente que en todos estos casos, desde una perspectiva u otra, los *Comentarios Reales* inciden en este papel mediador que Inca Garcilaso busca para sí, su potencialidad como mensajero entre realidades y por tanto, su básica figura de traductor de culturas, alentada desde la táctica promocional que representa su versión de los *Diálogos* de León Hebreo, táctica que, analizada competentemente por Song No, se proyecta incluso hasta episodios reveladores de su *Historia General*.

Pero es en aquel rememorado y memorioso diálogo con el tío donde se actúa la “escena originaria de la traducción” en tanto, nos diría Paul Ricoeur y nos señala Julio

Ortega en relación con los *Comentarios*, mecánica de “construcción de lo comparable”: la obra se levanta como un imparable proceso comparativo por el que la antigüedad se transporta al presente, Roma reaparece en Cuzco, las voces maternas se releen en su conversión hispánica y unos signos se descifran en otros.

Yendo más allá, extrapolando esta operación a matriz de la textualidad del autor, la traducción, entonces, podría servirnos de manera rentable en tanto metáfora epistémica para entender una escritura que parece tener en cuenta siempre los dos polos de los mundos que conecta, pero que además se concibe a sí misma como un necesario y raigal traslado de tiempos y lenguajes del pasado, una escritura que, por tanto, como propone Ortega, se “re-escibe, esto es, se traduce”.

La poderosa y amplia obra del Inca da para estas versiones, revisiones, reactualizaciones y para muchos más acercamientos, gracias justo a la condición traslaticia y traductora de la misma. A través de las lecturas que su poder mediador genera seguirá viva y estimulante como la seductora e inagotable literatura clásica que es.

Esperanza LÓPEZ PARADA  
*Universidad Complutense de Madrid*